

NUEVE POEMAS DE
LUZ Y AGUA

Rafael Guillén



Rafael Guillén nació en Granada el año 1933. En 1953 formó parte del grupo "Versos al aire libre" y, a continuación, fundó y dirigió, junto con José G.

Ladrón de Guevara, la colección de libros *Veleta al Sur*, desde 1957 hasta 1966. En 1982, con Francisco Izquierdo, inició la serie de fascículos sobre el Albayzín *Los Papeles del Carro de San Pedro*.

En 1994 le fue concedido el Premio Nacional de Literatura por *Los estados transparentes* (Col. El Bardo. Barcelona, 1993. Pre-Textos, Valencia, 1998). En 2003 se le otorgó por unanimidad el Premio de la Crítica Andaluza por *Las edades del frío* (Tusquets Editores. Barcelona, 2002).

Antes había obtenido, entre otros, los premios "Leopoldo Panero" 1966, "Guipúzcoa" 1968, "Boscán" 1968 y "Ciudad de Barcelona" 1969.

Sus poemas y artículos han sido traducidos a numerosos idiomas.

Cultiva también la narrativa y el ensayo.

En la mayoría de los manuales de Historia de la Literatura Española del siglo XX, así como en numerosos estudios especializados en poesía de postguerra, se le cita o analiza en el epígrafe dedicado a la llamada "generación del 50".

SEGUIDILLAS

Soy escultor del agua
de los estanques,
carpintero de nubes,
pintor del aire.
Y haré una casa
para que tú te asomes
a la ventana.

* * *

Por tu blanda marea
de pelo negro
gimen barcos de vela
sin marineros.
¡Ay, quien pudiera
ser barquito de vela
por tu marea!

* * *

La sombra de un naranjo
sobre tu cara
y tu risa bailando
de rama en rama.
Si tú supieras...
Si tú quisieras, niña...
Si yo pudiera.....

(1960) Inédito.

[QUE YO TE LOS VI EN EL RÍO]

Que yo te los vi en el río,
que yo te los vi.

No me vayas tan tapada,
que yo te los vi en el agua.

No me vengas con reparos,
que yo te los vi brincando.

Que yo te los vi en el agua,
tus pechos de almendra amarga.

Que yo te los vi triscando
como cervatillos blancos.

(1985) Inédito.

APUNTES DEL ALBAYCÍN

I. (Noche)

Noche de oscuros jardines.
En las cancelas conversan
los duendes de los aljibes.

* * *

El callejón se extasía
en escalones quebrados.
Paredones desdoblados
disecan restos del día.
Una enredadera amplía
el trasluz que la reduce.
La sombra se reproduce
con la violencia de un gesto
y un farol, que nadie ha puesto,
luce una luz que no luce.

* * *

Sobre el tejado, a las una,
un gato negro provoca
eclipse parcial de luna.

* * *

En el aljibe, flotando,
tu querer y un gato ahogado.
Aquél que maullaba tanto.

* * *

A la calle estrecha, estrecha,
la esquina muerta se asoma.
Un farol de trigo y oro
le pinta una cruz de sombra.

* * *

Calles de látigo y garra
por las espaldas del monte.
No hay más luna ni horizonte
que el aire que las desgarrar.
¡Tejedles con la guitarra
un cante que las reciba!
Que flotan a la deriva
por la historia que las trajo;
que van todas para abajo
y ninguna para arriba.

* * *

Que el Darro no lleva agua;
que se la beben al paso
las raíces de la Alhambra.

II- (La soleá)

El agua lleva tu sueño,
dormida te lleva el agua,
el agua que yo no bebo.

Dormida sobre el silencio
del canto que no te canto
porque lo canto por dentro.

Que hay noches que me desvelo
de tanto soñar de día
lo que sueño cuando duermo.

iAy,
que el agua lleva tu sueño!.

* * *

El querer pasa y no vuelve.
Rodando va, calle abajo,
toda el agua que no bebes.

Rodando van por la muerte
los besos que no te he dado
y los hijos que no tienes.

Que en el pozo de mi suerte
algo llora todavía
por lo que pude quererte.

iAy,
que el querer pasa y no vuelve!.

* * *

Maldito sea el dinero
que, como el agua, se mete
siempre en el mismo agujero.

* * *

Llamaba de madrugada
a la puerta de tu sueño,
y tú no estabas.

* * *

Si se muere la guitarra,
enterradla por el río
para que la toque el agua.

III. (Notas de un día)

Cinco de la madrugada.
Antes de que cante el gallo
está cantando ya el agua.

* * *

Frescor de huerto cerrado
para el sopor de la siesta.
Zumba el sueño por las ramas
de la higuera y una abeja
va persiguiendo su sombra
sobre el agua de la alberca.

* * *

Torres altas y sencillas,
arcángeles desalados
por un lago de tejados
sin sauces y sin orillas.
¡Ay, las torres de rodillas
junto al lecho de los ríos!.
Sobre sus muros sombríos
la tarde se desmelená,
mientras repican a pena
los campanarios vacíos.

* * *

Hay un sueño de abanicos
tras de las verdes persianas,
cuando una voz de aguardiente
pasa pregonando: ¡el agua!.

* * *

El atardecer despierta
resonancias escondidas.
Muchachas recién vestidas
salen a regar la puerta.
En el harén de la huerta
manda el duende de la rosa.
Por la calle, que rebosa
espuma de enredadera,
van borricos en hilera
cargados de cualquier cosa.

* * *

Que yo no sé desde cuándo
es el agua mi castigo.
Algo nos fue separando
y tú ya no estás conmigo
y el agua sigue cantando.

(1959) De Cancionero-guía para andar por el aire de Granada.

UN GESTO POR ÁNGEL GANIVET

En el primer centenario de su nacimiento.

Hundo los brazos en la acequia y digo:
hermano de la harina, Ángel del agua,
polvillo ya de harina, sonsonete
del agua, vuelve.

Hundo los brazos en Granada y digo:
hermano de la acacia, Ángel del patio,
tupido boj del pensamiento, hablilla
de la placeta, vuelve.

Hundo los brazos en la muerte y digo:
hermano de la nieve, Ángel del frío,
dura brega de España, solitario
del hundimiento, vuelve.

Hay un agua que empuja tu molino
que es la misma que ayer. Son estas muelas
las mismas que crujían en la dura
solera de tu tiempo.
Granada está dormida ante su imagen.
Granada es trigo derramado y sigue
agotando sus trojes.
Granada sigue en el molino. Vuelve,
hermano Ángel molinero.

(1959) De Cancionero-guía para andar por el aire de Granada.

CINCO CANCIONES GRANADINAS

I

¡Si yo alcanzara a la aldaba
para llamar a las puertas
del alba!.

Con el alba, partida
por muros y cipreses,
tu voz de valle umbrío que me llama
desde el agua.

En las rojas colinas
donde el cristal se mece,
tu cintura que ondea y se me escapa
como el agua.

Por la ciudad, que gira
sobre un gozne de nieve,
toda tu soledad, que es mía, y se descalza
por el agua.

¡Si yo alcanzara a la aldaba
que abre las puertas del agua
de Granada!.

II

La claridad de aquel día
llevaba una sombra dentro.

Encaramado en la tapia,
un resol, ya de otro tiempo,
y, calle abajo, rodando
como a golpes, tu recuerdo.
¡Ay, que lo poco que tuve
es lo único que tengo!.

La eternidad de aquel día
llevaba una muerte dentro.

III

Para tu mirada, amor,
tengo una torre y un mirador.

Ojos con fondo de aljibe
donde se pierde mi voz;
azacayuelas dormidas
regándome el corazón.
¡Ojos de musgo y de adiós!

Si tú lo quieres, amor,
seré tu torre y tu mirador.

IV

La tarde se remiraba
en la cal de la placeta;
a su alrededor, mil ecos
daban vueltas y más vueltas.
(Y tú, como de puntillas,
por el borde de mi pena).

La tarde fue recogiendo
sus cosas puerta por puerta;
un grito largo y lejano
desorientó las veletas.
(Tú estabas, pero no estabas,
tan perdiéndote y tan cerca).

Viéndose morir, la tarde
se subió a las azoteas;
hubo un último vencejo
que la traspasó, ya muerta.
(Saliste, al fin, de mis ojos,
¡ay! y entraste en mi tristeza.

V

De sueño, más que de bronce,
la campana que vela en la torre.

Viejos tejados, dormidos
sobre susurros y roces,
y algo, por las altas horas,
que pasa poniendo nombres:
la campana que vela en la torre.

Cada resonancia tiene
su sitio en el horizonte;
por los huecos del silencio
se oye respirar la noche:
la campana que vela en la torre.

Hora tras hora, tras siglo,
reconociendo sus toques.
De tiempo, más que de bronce,
la campana que vela en la torre.

(1959) De Cancionero-guía para andar por el aire de Granada.

LIENZO

Un espejismo cadañal revuelve
por San Miguel, septiembre, los oscuros
camaranchones memoriales, hurga
en polvorientas arcas y deslía
un siempre mismo resto
de lienzo atemporal, con infantiles
bordados, y lo orea
en el alféizar, mientras
nadie sabe qué campanil anuncia
un día, cuenta atrás, que reamanece
en el igual entonces detenido.

Mismo celaje albricia torres, cuestras
albacyneras, rejas,
azoteas en cal, mismo relumbre
cristal por miradores
nidales, mismo asombro
mudéjar, tejadillos, jaramagos
por las veletas, amarillos verdes
sobre el azófar de los canalones.

Qué de tiempo es aquél, es éste, ido,
presente y por durar; qué jardinera
la estadía fontal de aquellas estas
reconocibles horas, la glorieta
enredada en rosal, allí la orza
de la sangría, amor, roces furtivos,
el velador de mármol, el aroma
del alhelí, el jacinto,
el jazmín trepador, la yerbaluisa,
muros de madreSelva, allí la mano,
el laurel, la albahaca,
y un fondo de pilares
que refrescan la tarde a chorro lento.

Memoria por llegar, deslimitado
recuerdo sin ayer, todo presente
en un olor pelusa
de membrillo maduro hasta la plaza
del Campillo, almecinas,
amontonadas nueces, arrugada
rojez de la azofaifa, majoletas,
agridulzor de la acerola, harija
y sal en los jayuyos.

Todo ahora ese ayer que, de aquí mismo
sentido, desenfunda
su piano de teclas
marfileñas y, a punta
de resonancias, ay, nos acorrala
contra el azor de un día que no cuenta.

Casas adentro, el alcanfor defiende
baúles y alacenas;
un aire aquél, penumbra de entornados
postigos, calidece
los cordiales encuentros: el armario
de cuarterones de la alcoba, el viejo
aparador, vajillas, porcelanas,
redescubre moroso
el todavía brillo en los floreros,
la consola, el azogue
quebrantado en el dime del espejo,
los tapetes de encaje, el cofrecillo,
el qué alegría verte, los minutos
como claveteando
el raso de mullidos acericos,
la tarde desleída por un cerco
de ovalados retratos
en sepia, la merienda con olores
de la cocina, sudorosos cántaros,
pulidos almireces; y los dulces
de las monjas, y el té con yerbabuena...

Un eviterno día de septiembre.

(1972) De Moheda.

ALICATADO PARA UNA TARDE DE VERANO

Para traspasar las hojas,
la luz se pone de lado.
Se despereza el aroma
y hay un sopor que, despacio,
deshilachan las zumbonas
avispas del emparrado.
La paz del jardín se esparce
por el brillo del acanto,
y la tarde se inaugura
al regarse el empedrado.

Hay rincones invisibles
con amores encalados
y persianas donde crece
la penumbra del verano.
El mirador se remira
en los reflejos más altos.
Alguna risa que llega
por el silencio rampando,
y el agua, dueña y señora
por fuentes y por regatos.

El aire tiene un desgaire
de mimbre desangelado.
El arrayán cuadrícula
la dicha de estar mirando.
Desde los poyetes, rastras
de macetas de geranios
cuelgan hasta el arriate
buscando su olor mojado.
El silencio se despierta
picoteado de pájaros.

Las glicinias se retuercen
sobre sus pomos morados,
y son de azulejo y frío
los zócalos y los bancos.
El chirrido del portón
anuncia el rito diario.
Las sillas, de recia anea.
El vino, de mano en mano.
La amistad, como beberse
la tarde de un solo trago.

(1985) De Mis amados odres viejos.

TEXTO PARA DEBUSSY

Por el centro del agua cruzan todas
las rutas de la luz. Reflejos, brillos,
incandescentes rayos
viajando a los confines
de cada gota; simultáneamente
desplazándose por el universo
de cada gota.

Salta
el agua y sus cabellos
pasionales abrazan
la cintura del aire.

Corre el agua
y por su azul espalda centellean
espejos, peces, guijas, rutilantes
esferas, mundos que no han sido
velados.

Se derrama
el agua y su acerada ligereza
bruñe, como tocado
de prodigio, el entorno.

Cae el agua
e incorpora su propio ser nutriente
al mineral sustento de la tierra.

En la dura corteza
invisible del agua, se congregan
infinitas imágenes buscando
los ojos que las hagan
realidad. Milenarios
granitos que rindieron su dureza
a la insistencia del regato; nubes
que regresan al mar; vibrantes chopos
que escoltan los atajos
de la corriente; juncos que vigilan
los remansos; insectos
zigzagueantes. Desde el enramado
revuelo de los pájaros,
cae un lento vaivén de hojas.

Canta

el agua, gime
el agua y su murmullo
es una polvareda de frescura
por las llanuras del sentido. Olas,
surtidores, estanques, manantiales,
cascadas, lluvia, opacos
indicios de un inalcanzable estado
de transparencia. Entradas
del pasadizo oculto que conduce
al corazón del agua.

(1991) De Los estados transparentes.

[EN EL JARDÍN MÁS ÍNTIMO...]

En el jardín más íntimo del carmen
hay un tiempo de rosas para ti.
Un tiempo sin fortuna, porque,
mientras abren las rosas, desfallecen
los momentos que asisten al prodigio.
¿Qué ciclo balancea la cadencia
airosa de tu talla?

La mañana es un grito jubiloso
sobre los pomos lila
de la glicinia y en lo puntiagudo
del ciprés hay un mirlo
picoteando los minutos
que se escapan. En tanto, tú caminas
entre los setos y te envuelve un halo
intemporal. ¿De qué convento,
de qué campiña viene este tañido
de campana?

Si en llegando el futuro ya es pasado,
si no existe el momento
mismo en el que florecen, son eternas
las rosas.

(1998) De Las edades del frío.